

COMO EL AGUA QUE FLUYE

De *Marguerite Yourcenar*

Editorial Alfaguara, Madrid, 1986, 273 pgs.

Extraña sabiduría la que lleva a Marguerite Yourcenar a un logro sin contratiempos: conducir a quienes leen a sentir el pulso del pasado, moviéndose entre los personajes de la nobleza, del clero o del pueblo, en castillos, templos y figones sórdidos. Hay en esta obra la atmósfera íntima de la pintura flamenca, los claroscuros, una atmósfera en la cual todo surge iluminando los detalles y, además, las formas del retrato italiano y aun la fuerza, la crueldad o el tono dominante de aquellos personajes a quienes pintara con agresividad Lucas Cranach.

Si hemos admirado en la escritora su maestría en la reconstrucción novelesca de una época, como en su novela mayor, *Memorias de Adriano*, o los secretos de la alquimia y los ritos prohibidos, en *Opus Nigrum*; o los caracteres misteriosos de los guerreros en los días de una guerra balcánica menor, en *Tiro de Gracia*; o el período de auge del fascismo en *El denario del sueño*, ahora podemos seguirla en un prodigio de la imaginación: los tres cuentos de *Como el agua que fluye*. Nápoles, los Países Bajos, Inglaterra son los escenarios de los relatos ("Ana, soro"; "Un hombre oscuro" y "Una hermosa mañana").

En cada uno de ellos hay una lección de escritura, una prueba de dominio de los materiales, una composición en plenitud. El primero es una historia turbia de incesto, que sucede a fines del siglo XVI. No es otra cosa que un vendaval interior, una prueba de los poderes de la muerte y de la belleza, en medio de sucesos que en manos de un emborronado chapucero sería sólo una historia de capa y espada, en la cual los personajes que aspiran a sobrevivir en medio de la intriga o de la violencia coexisten con aquellos que tienen "ese ánimo sereno de los que ni siquiera aspiran a la felicidad".

La segunda narración es un prodigio de ejecución y transcurre en la Holanda del siglo XVII. Las imprentas, los negocios de menestras, los cuartuchos en los que algunos oficiantes forjan la grandeza de Amsterdam, y el deseo de un hombre que apenas intuye, en un comienzo, el proyecto al que habrá de asirse hasta que se convierta en su vida misma, en medio de un entrecruzamiento de odios y de admiraciones, de fracasos y de nobleza, hasta desembocar en un final abrupto y terrible, toca el cielo.

La última historia, muy breve, es una especie de crónica de viajes de una compañía de cómicos de la legua que irán a Hannover, a Dinamarca y a Noruega. El niño, que escapa de su casa con el fin de incorporarse al grupo, se concede a sí mismo la oportunidad de conocer en un proceso interior las fantasmagorías ocultas tras un escenario, pero, al mismo tiempo, da a la escritora ocasión de trabajar en aquello que es una de sus alegrías mayores: la muestra de la vida cotidiana en otros siglos, en algún lugar de Europa; la cual reconstruye, con apoyo de lecturas muy sólidas; cada detalle le sirve para dar a la sobrecarga emotiva una dirección, permitiéndole, al mismo tiempo, la reconstrucción de ambientes y el nivel del lenguaje que ya es parte de la historia.

Con razón, en sus memorias (*Recordatorios y Archivos del Norte*) pudo explicar la devoción que sentía por ciertos libros, lugares y objetos que motivaban en ella, como en Proust, un golpe en la memoria capaz de enviarla hacia un pasado, recorrido febrilmente en cada novela o cuento, con eficacia y maestría. ¿Y qué más? Lo que dijo Jean

d'Ormesson en el discurso de respuesta al de la narradora en la Academia Francesa: "Si hubiera que caracterizar el conjunto de su obra con una sola palabra, no lo dudaría un momento: Yourcenar o el saber, naturalmente. Yourcenar o la serenidad, sin duda. Pero, sobre todo, Yourcenar o la altura. Yourcenar o la elevación".

ALFONSO CALDERON

HACIA LA MUERTE

De Amos Oz

Editorial Emecé, Buenos Aires, 1985, 191 pgs.

La literatura de Israel cuenta con dos figuras relevantes en el campo de la novela: Amos Oz y A.B. Yehoshua. Al parecer, sólo el primero ha sido traducido al español y, hace unos años, *Tocar el agua, tocar el viento* (Editorial Pomare) produjo la impresión de que una especie de García Márquez rescataba los viejos mitos de Polonia, utilizando una voluntad simbólica que se aprecia, también, en páginas de Bashevis Singer y en algunas pinturas de Chagall.

Hacia la muerte es una obra compuesta por un par de espléndidos relatos. El primero se ambienta en la época de las Cruzadas. Tras la muerte de su mujer, un señor feudal reúne a sus hombres para emprender una misión que él estima como religiosa, en procura de arrebatarse de manos de los infieles los despojos de Cristo, en Tierra Santa. Si bien el señor estima que cada muerte de judío acerca el Reino de los Cielos, él y sus hombres se encargan de vulnerar, uno a uno, los mandamientos. El Conde Guillaume de Touron quiere purgar los errores del pasado, pero se va empantanando en una historia que se convierte en una paulatina exacción, en todo el camino. Cuando los hombres llegan, el mundo interior ha cambiado; los propósitos iniciales se han modificado. La estructura del relato es un modelo de habilidad, y los personajes recuerdan algún tapiz belga.

La segunda historia se centra en un anciano especialista en la historia del judaísmo en Rusia. Ha logrado escapar de los pogroms y cuando se instala en Tel Aviv desea ser testigo viviente de la humillación de los judíos, parte de la memoria colectiva. Allí, con respeto, se le pide que dé charlas sobre su tema, pero se van volviendo tan reiterativas que sus hermanos toman aquello como un ejercicio más de mortificación.

Es un hombre obsesivo, al que perturban los teléfonos, éstos que por las noches suenan en los departamentos nuevos de Tel Aviv como si se tratase del día de la Ira. Se irrita por el calor, por la vida vacía de los hombres y mujeres de la ciudad. Lee hasta la madrugada, en una casa en la cual se oye cuanto pasa en el lado, las obras de los precursores del sionismo, hasta que viene la mañana, sin dejar de remover, una a una, las noticias de los periódicos con el fin de meter baza en las conferencias con nuevas y prolijas razones.

Amos Oz hace que uno sienta directamente las obsesiones del viejo de Tel Aviv, y